

Resumen del artículo

Interpelando la identidad: interrogantes rumbo a su delimitación conceptual

Interrogating Identity: Questions toward its Conceptual Definition

Ricardo Galguera Rosales

Facultad de Estudios Superiores Iztacala, Universidad Nacional Autónoma de México, México
ricardo.galguera@iztacala.unam.mx

 <https://orcid.org/0000-0002-7990-0460>

Maestro en Docencia para la Educación Media Superior por la Facultad de Estudios Superiores Iztacala de la Universidad Nacional Autónoma de México

Hortensia Hickman Rodríguez

Facultad de Estudios Superiores Iztacala, Universidad Nacional Autónoma de México.
SNII I, México

hortensia.hickman@iztacala.unam.mx

 <https://orcid.org/0000-0002-4025-9485>

Doctora en Pedagogía por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México

Recibido: 3 de julio de 2025
Aprobado: 27 de octubre de 2025

Resumen

Desde las ciencias sociales se ha abordado el tópico de la identidad de distintas maneras y con resultados diversos, develando algunas dimensiones de lo que ahora se constituye como un concepto fundamental para la comprensión de ciertos fenómenos sociales. El marco desde donde se desarrolla el presente escrito está fundamentado en esta diversidad disciplinaria, considerando que la complejidad del concepto de identidad requiere un abordaje amplio, aunque siempre delimitado. Con base en lo anterior, en este trabajo se propone examinar la naturaleza conceptual de



Palabras clave: identidad,
análisis teórico-conceptual,
preguntas orientadoras,
postura fuerte, postura débil.

la identidad, con la intención de revitalizar las disquisiciones teóricas al respecto. Para ello, se llevó a cabo un análisis teórico-conceptual mediado por preguntas orientadoras, a través de las cuales se problematizó el concepto desde el amplio crisol de las ciencias sociales. Se encontró que no puede ser desvinculado de las dos grandes tradiciones que atraviesan el estudio histórico de la identidad: aquella que pugna por una fuerte semejanza del individuo consigo mismo a través del tiempo y aquella que niega esta igualdad y concibe a los sujetos como en constante transformación. Se discute la necesidad de situarse en los márgenes de ambas posturas, reconociendo una necesaria gradualidad entre dichos extremos conceptuales.

Abstract

Keywords: identity,
theoretical-conceptual
analysis, guiding questions,
strong position, weak
position.

From the social sciences, the topic of identity has been approached in multiple ways and with diverse outcomes, revealing several dimensions of what has become a fundamental concept for understanding certain social phenomena. The framework guiding this work is grounded in such disciplinary diversity, based on the premise that the complexity of the concept of identity requires a broad yet clearly delimited approach. Accordingly, this paper proposes to examine the conceptual nature of identity, with the aim of revitalizing the theoretical discussions surrounding it. To this end, a theoretical-conceptual analysis mediated by guiding questions was carried out, through which the concept was problematized from within the broad spectrum of the social sciences. The analysis shows that the concept cannot be detached from the two major traditions that have shaped the historical study of identity: one that insists on a strong continuity of the individual with themselves over time, and another that denies such sameness, conceiving subjects as being in constant transformation. The discussion highlights the need to situate oneself at the margins of these two positions, acknowledging a necessary gradation between these conceptual extremes

Ricardo Galguera Rosales

Facultad de Estudios Superiores Iztacala, Universidad Nacional Autónoma de México, México

Hortensia Hickman Rodríguez

Facultad de Estudios Superiores Iztacala, Universidad Nacional Autónoma de México.

SNII I, México

Introducción¹

La identidad constituye un objeto de conocimiento que ha generado interés en diversas disciplinas,² como la psicología, la antropología, la teoría política o la sociología, lo cual ha permitido un abordaje multidimensional. Adicionalmente, al interior de cada disciplina existen diferencias respecto a su conceptualización, complejizando todavía más su abordaje y su definición. Desde la sociología,³ por ejemplo, la identidad se ha entendido como un componente articulador de las movilizaciones sociales —en los trabajos de Alberto Melucci, por ejemplo— o como un atributo de los actores sociales —adjudicada a Gilberto Giménez—. Por otra parte, desde aproximaciones psicológicas, se ha considerado a la identidad como aquellos imaginarios que un sujeto tiene sobre sí mismo,⁴ como proceso de construcción simbólica de identificaciones y diferenciaciones con otros⁵ o como la práctica con sentido y significado.⁶

Estas definiciones permiten identificar la naturaleza polivalente del concepto que nos atañe. Al respecto, Roger Brubaker y Frederick Cooper⁷ señalan cinco formas en las cuales este ha sido usado en la literatura especializada: 1) como fundamento de la acción social o política; 2) como fenómeno colectivo que implica asumir una igualdad entre individuos; 3) como un componente de la conciencia individual, con sus implicaciones esencialistas; 4) como un producto de la acción social y política; 5) como el producto fragmentario e imposible de asir generado por la modernidad tardía. Habría que señalar que estas formas de emplear el concepto son relativamente recientes, dado que el mismo tiene su origen en las primeras décadas del siglo xx, con los trabajos sobre el ser —que no identidad todavía— de Charles

- 1 Este trabajo fue posible gracias al financiamiento proporcionado por la Dirección General de Asuntos del Personal Académico (DGAPA) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), a través del Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica (PAPIIT IN301124).
- 2 Zaira Navarrete-Cazales, “¿Otra vez la identidad? Un concepto necesario pero imposible”, *Revista Mexicana de Investigación Educativa* 20, núm. 65 (2015), https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1405-66662015000200007 (consultado el 15 de agosto de 2023).
- 3 Asael Mercado Maldonado y Alejandrina V. Hernández Oliva, “El proceso de construcción de la identidad colectiva”, *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales* 17, núm. 53 (2010), https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1405-14352010000200010 (consultada el 12 de agosto de 2023).
- 4 Rosa Martha Romo Beltrán, *Una mirada a la construcción de identidades. Los psicólogos de la Universidad de Guadalajara* (Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 2000), 90.
- 5 Jairo Augusto Alvarado, “Profesión e identidad en la universidad: trayectorias y organización del trabajo docente universitario en el caso de los docentes de cátedra” (tesis de doctorado en Ciencias de la Educación, Universidad La Plata, 2023), 386.
- 6 Clara Meschman, Cristina Erasquin y Livia García Labandal, “Huellas, herencias y tramas: construyendo la identidad profesional del profesor

de Psicología”, *Anuario de Investigaciones* 21 (2014), <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=369139994009> (consultado el 21 de noviembre de 2023).

- 7 Roger Brubaker y Frederick Cooper, “Beyond ‘identity’”, *Theory and Society* 29, núm. 1 (2000), <https://www.jstor.org/stable/3108478> (consultada el 9 de agosto de 2023).
- 8 Loredana Sciolia, “Identità personale e collettiva”, *Enciclopedia delle Scienze Sociali* (1994), [https://www.treccani.it/enciclopedia/identita-personale-e-collettiva_\(Enciclopedia-delle-scienze-sociali\)](https://www.treccani.it/enciclopedia/identita-personale-e-collettiva_(Enciclopedia-delle-scienze-sociali)) (consultada el 11 de septiembre de 2023).
- 9 Rodrigo Vargas Salomón, “Reflexiones teórico-metodológicas sobre el estudio de la identidad, a partir de las aportaciones de tres sociólogos clásicos: Marx, Durkheim y Weber”, *Intersticios Sociales*, núm. 8 (2014), <https://doi.org/10.5555/IS.8.66>.
- 10 Claude Dubar, *La crisis de las identidades. La interpretación de una mutación* (Barcelona: Bellaterra, 2002), 10.
- 11 Brubaker y Cooper, “Beyond ‘identity’”, 10.

Cooley y de Herbert Mead,⁸ aunque su sentido actual se comenzó a trabajar sólo a partir de la década de 1950 con los trabajos de Henri Tajfel.⁹

Una manera de abordar conceptualmente la noción de identidad podría ser a partir de las dos posturas desde las que ha sido tratado a través de su historia: como una sustancia o esencia intrínseca a los individuos, o bien, como una construcción constante y difusamente determinada.¹⁰ La distinción fundamental entre ambas concepciones radica en suscribir o negar, respectivamente, la condición de igualdad que el término permite adjudicar a los agentes sociales respecto a ellos mismos. Es decir, si se trata de una conceptualización que destaca una fuerte semejanza del individuo consigo mismo a través del tiempo o entre el individuo y los miembros del grupo al que pertenece —i.e. identidad individual e identidad colectiva—, entonces nos referimos a una concepción *dura* o *fuerte*.¹¹ Si por el contrario, hacemos referencia a que el individuo no representa esta condición de igualdad con él mismo a través del tiempo o respecto a los miembros de su grupo de pertenencia, entonces nos referimos a una concepción *suave* o *débil*.

Sin embargo, partiendo del hecho de que la complejidad de la realidad difícilmente puede ser representada por dicotomías sin gradación, en el presente trabajo se propone examinar la noción de identidad en tanto constructo conceptual, mediante la formulación de preguntas guía que permitan abordar sus fundamentos, ubicaciones y dimensiones constitutivas desde el campo de las ciencias sociales. A pesar de que la estructura del trabajo propone posibles respuestas a las preguntas esbozadas, aquellas no deben considerarse exhaustivas y mucho menos definitivas, sino que tienen como motivación la apertura de vetas de análisis y reflexiones alrededor de sus implicaciones conceptuales. Considerando que las preguntas orientadoras podrían representar distintos niveles de análisis, este escrito busca allanar el campo a partir de interrogantes básicas sobre la identidad, como lo es su configuración, su ubicación o su naturaleza distintiva, comenzando por analizar qué es eso llamado identidad.

¿Qué es la identidad?

La pregunta en sí misma no parece implicar ningún problema; por el contrario, sería, tal vez, la manera típica para iniciar con la inspección de algo. Sin embargo, el filósofo Alejandro Tomasini nos previene de este potencial error al señalar que esta pregunta y otras del mismo estilo “al menos en filosofía [...] son casi inútiles y totalmente equívocas, puesto que no indican lo que podría ser una posible respuesta correcta y a menudo nos desvían de lo que podría serlo”.¹² La razón estriba en que cuando se trata de objetos de conocimiento materiales, preguntarse sobre qué es algo tiene sentido en tanto se puede aludir a sus usos, sus circunstancias o sus formas y atributos, pero cuando se trata de objetos de conocimiento que no pueden considerarse materiales —en el sentido estricto de la expresión—, entonces la misma pregunta podría implicar respuestas gramaticalmente correctas pero filosóficamente engañosas, como diría el mismo Tomasini. No obstante, tiene cierto valor intentar responder a esta pregunta como una aproximación inicial al problema de su conceptualización, por lo que se alude a continuación al tratamiento que diferentes autores han realizado en torno a este esfuerzo.

Por ejemplo, en el trabajo de Alberto Melucci, la identidad se ancla en el concepto de expectativa, el cual conecta al actor social individualizado —a partir de sus rasgos de personalidad— con su ambiente, a manera de participación colectiva, particularmente en aquellos fenómenos de naturaleza social:

Que un actor elabore expectativas y evalúe las posibilidades y límites de su acción implica una capacidad para definirse a sí mismo y a su ambiente. A este proceso de 'construcción' de un sistema de acción lo llamo identidad colectiva.¹³

La motivación para la participación en las movilizaciones sociales no se explica ni por la espontaneidad de los individuos para la acción colectiva —énfasis en lo individual— ni por el compromiso surgido a partir de la sugestión o la persuasión de los grupos —énfasis en lo colectivo—. La identidad consiste, entonces, en el proceso que incluye la promoción de las relaciones de

¹² Alejandro Tomasini, *Filosofía, conceptos psicológicos y psiquiatría* (México: Herder, 2016), 25.

¹³ Alberto Melucci, *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia* (México: El Colegio de México, 1999), 66.

influencia entre los individuos, sostenidas por estructuras cognoscitivas que le son comunes para comprender el ambiente y las condiciones de su acción social, además de amalgamar lo anterior mediante el reconocimiento emocional. De ahí que, desde esta perspectiva, se identifique a la identidad como un *componente articulador de la acción social*.

Sin embargo, al ser tratada como solo una parte del conjunto de elementos que constituyen a la acción en movilizaciones sociales, la identidad podría quedar reducida a apenas una función social muy específica relacionada con los periodos de crisis sociales, en los que emerge a plenitud, como si en otro momento la identidad *no* estuviera presente. La acotación no es menor si consideramos que algunos autores han señalado que el tópico de la identidad tomó fuerza a partir de la emergencia de movimientos de reivindicación social en las últimas décadas del siglo pasado.¹⁴ De esta manera, la identidad tendría valor solo como un elemento explicativo de la acción social, privándole de su condición de continuidad en la vida cotidiana de los individuos. En otras palabras, la identidad de los individuos en la cotidianidad dejaría de constituir un interés de estudio. Así lo expresa Steph Lawler cuando señala: “An emphasis on identity as trouble or as in trouble underlines a belief in a normative (silent, non-troubling) identity, but it also underlines a belief that taken-for-granted forms of identity are unworthy of sociological or other scrutiny”.¹⁵

Al margen de lo anterior, la influencia que los trabajos de Alberto Melucci y otros intelectuales italianos como Loredana Sciolla han tenido sobre el tema de la identidad se deja ver en la perspectiva de Gilberto Giménez,¹⁶ quien ha señalado que la identidad constituye aquello que se atribuye a las unidades distinguibles, es decir, al actor social ya sea colectivo o individual, y que al tener esta categoría, su identidad depende no solo del reconocimiento de sí mismo, sino que es fundamental también el reconocimiento de los otros. Para este autor, la identidad no es una esencia intrínseca del actor social, sino que tiene un carácter intersubjetivo y relacional que implica, como resultado, el diferenciarse de unos e identificarse con otros. Esta distinguibilidad —nótese que el énfasis en su tratamiento no está precisamente en la identificación sino en la diferenciación— se constituye por tres elementos: la pertenencia social,

14 Sciolla, “Identita personale”, 3.

15 “Un énfasis en la identidad como problema o como algo problemático subraya la creencia en una identidad normativa (silenciosa, no conflictiva), pero también pone de relieve la idea de que las formas de identidad dadas por sentadas no merecen un examen sociológico ni de otro tipo”. Steph Lawler, *Identity. Sociological perspectives* (Cambridge: Polity Press, 2014), 2.

16 Gilberto Giménez, “Materiales para una teoría de las identidades sociales”, *Frontera Norte* 9, núm. 18 (1997), <https://doi.org/10.17428/rfn.v9i18.1441>.

los atributos identificadores y la narrativa biográfica o como también refiere el autor, el que el actor social “se ve a sí mismo —y es reconocido— como ‘perteneciendo’ a una serie de colectivos, como ‘siendo’ una serie de atributos y como ‘cargando’ un pasado biográfico incanjeable e irrenunciable”.¹⁷

Una lectura cuidadosa del trabajo de Giménez nos lleva a cuestionar la formulación de Mercado y Hernández referidos arriba en este mismo trabajo, quienes señalan que “la identidad colectiva se concibe como [...] un atributo de los actores sociales en Gilberto Giménez”.¹⁸ Es probable que esta afirmación se derive de algunos fragmentos del trabajo del autor como el que sigue, en donde dice que “la identidad se atribuye siempre en primera instancia a una unidad distinguible cualquiera que ésta sea (una roca, un árbol, un individuo o un grupo social)”.¹⁹ No obstante, más adelante el autor deja claro que el sentido de la expresión en contexto no es el de un atributo, entendido como cualidad o característica esencial de algo, sino en el sentido de la acción de atribuir, que pone el foco de atención en un aspecto que el autor resalta constantemente: el del heterorreconocimiento o reconocimiento de los otros. Al respecto, dice que “no basta que las personas se perciban como distintas bajo algún aspecto; también tienen que ser percibidas y reconocidas como tales. Toda identidad (individual o colectiva) requiere la sanción del *reconocimiento social* para que exista social y públicamente”.²⁰ Esta precisión es importante, porque de tratarse a la identidad como un atributo en el sentido de ser una cualidad, surge la dificultad de que, entonces, esta podría tenerse o no tenerse.

Sin duda, Gilberto Giménez es un referente para el trabajo de las identidades,²¹ y ha contribuido con reflexiones precisas sobre el análisis de las identidades en ámbitos específicos, pero también a las delimitaciones conceptuales sobre el tema. Entre estas destacan las siguientes:²² que la identidad se ancla en el campo de la teoría de los actores sociales, lo cual conlleva señalar las representaciones que estos tienen sobre ellos mismos; la idea de que la identidad consiste en la interiorización de repertorios culturales; el reconocimiento de la relación entre identidades individuales e identidades colectivas, estas últimas como parte de las primeras; el énfasis en la primacía de las redes de pertenencia social sobre cualquier otro aspecto definitorio del individuo; la postura de que

17 Giménez, “Materiales”, 13.

18 Mercado Maldonado y Hernández Oliva, “El proceso”, 231.

19 Giménez, “Materiales”, 11.

20 Giménez, “Materiales”, 11.

21 Luciano Oropeza Sandoval y María Guadalupe García Alcaraz, “Aportaciones al debate del estudio de las identidades y las biografías”, *Diálogos sobre Educación. Temas Actuales en Investigación Educativa* 10, núm. 18 (2019), <https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sciarttext&pid=S2007-21712019000100009> (consultada el 27 de noviembre de 2023).

22 Gilberto Giménez, *Identidades sociales* (México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2009), 14.

la identidad no es una esencia o atributo, sino un sistema en movimiento de relaciones múltiples. Es importante destacar que estas precisiones conceptuales subyacen a una aproximación sociológica al fenómeno de la identidad, por lo que podrían no coincidir con las reflexiones derivadas de una aproximación disciplinaria diferente, como lo es la psicológica, por ejemplo.

Al respecto, desde la psicología también se ha trabajado el tema de la identidad, tal vez cuya particularidad consiste en que se pone énfasis en una perspectiva individual del fenómeno identitario. Es decir, el énfasis está en el desarrollo ontogenético de formas de interactuar con el mundo y con los otros, y en consonancia con la perspectiva de las ciencias sociales, se asume en principio que no puede haber dos individuos iguales a pesar de las posibles coincidencias respecto a los factores que los determinan. Por esta razón, el abordaje de la identidad está dado por el énfasis del individuo situado en un contexto, por lo que tiene mayor cabida la idea de una construcción individual respecto a los otros. Lo anterior no quiere decir, desde luego, que se niegue el hecho fundamental de que los individuos hacen parte de grupos y colectividades circunscritos en la estructura social de un tiempo histórico determinado, sino que se destaca la dimensión subjetiva, individualizada y experiencial de esos mundos sociales elaborada por el sujeto nacido en ellos y de los cuales aprende las formas de ser y de operar.²³

Así, lo que se asevera es que esta no es una relación donde la cultura determina unidireccionalmente al individuo, sino que existe un componente subjetivo de la identidad, que se da a través de una serie de identificaciones entre el sujeto con sus redes de relaciones y a partir de atributos compartidos con otros,²⁴ por lo que el interés desde algunas perspectivas psicológicas se encuentra en un nivel sociosimbólico más que en un nivel socioestructural, por emplear la nomenclatura de Daniel Bertaux.²⁵ Entonces, se trata de una interacción en la que el individuo juega un papel activo fundamental en la determinación de su identidad a través del proceso de identificación con otros. Así, *identificarse* debe entenderse como un término de propensión o de tendencia, pues no constituye una acción específica sino que indica que la ocurrencia de ciertos eventos es más o menos probable.²⁶ Sin embargo, como la identificación va más allá de la prob-

23 Peter Berger y Thomas Luckman, *La construcción social de la realidad* (Buenos Aires: Amorrortu editores, 1968), 178.

24 Alvarado, "Profesión e identidad", 102.

25 Daniel Bertaux, "El enfoque biográfico: su validez metodológica, sus potencialidades", *Acta Sociológica* 1, núm. 56 (2011), <https://doi.org/10.22201/fcpys.24484938e.2011.56.29458>.

26 Emilio Ribes Iñesta, *Psicología general* (México: Trillas, 1990), 61.

abilidad, debe entenderse también como un proceso constante de construcción y reconstrucción de significados.²⁷ En otras palabras, identificarse consistiría en la posibilidad de hacer, pensar, sentir o decir algo a partir de otros, que constituyen ejemplares para el discurso propio.

Sin embargo, es importante señalar que la filiación del sujeto con los ejemplares nunca es total. Al respecto, Stuart Hall señala que las identidades “son más el producto de marcar la diferencia y la exclusión, que el signo de una unidad idéntica naturalmente constituida”.²⁸ En ese mismo tenor, otros autores han señalado que la identidad no conlleva una plena identificación con los grupos a los que el individuo pertenece, habiendo variedades en cuanto a la fuerza y la calidad de dicha identificación.²⁹ Esto no significa que haya una variabilidad tan grande en las formas de identificación con los grupos de referencia para que, entonces, la identidad individual se diluya y adopte rasgos completamente diferentes a los atributos mostrados por dichos grupos, pero tampoco implica que la identidad constituya una copia idéntica de los grupos de identificación. En palabras de Xochiquetzal Rodríguez, la identidad constituye un “fenómeno producido por la dialéctica entre el individuo y la sociedad”.³⁰

Así lo suscriben también Clara Meschman, Cristina Erausquin y Livia García, quienes señalan que las identidades “están asociadas con actividades comprendidas en un horizonte de significado cultural”,³¹ lo cual implica la toma de postura respecto al acontecer cotidiano situado sociohistóricamente. La identidad, desde esta perspectiva, no es aquello que surge solo ante la crisis, sino que se enmarca en los contextos inmediatos de interacción entre el sujeto y sus grupos de referencia, en el sentido de lo que Ágnes Heller describe como vida cotidiana, en la que “el particular se reproduce a sí mismo y a su mundo (el *pequeño mundo*) directamente y el conjunto de la sociedad (el *gran mundo*) de modo indirecto”.³² Entonces, la definición de las identidades se debe hacer situándolas en sus respectivos contextos inmediatos, en el acotado marco de lo que constituye la vida cotidiana de los individuos.

La pregunta sobre *qué es la identidad* tendría sentido si entendiéramos a esta en su sentido fuerte, esencialista; empero, para una concepción suave de la identidad, la pregunta ya no es igual de pertinente. Sin embargo, como se dijo

27 Navarrete-Cazales, “¿Otra vez la identidad?”, 470.

28 Stuart Hall, “¿Quién necesita la ‘identidad’?”, en *Producciones de sentido*, vol. 2. Algunos conceptos de la historia cultural, coord. por Valentina Torres Septién (México: Universidad Iberoamericana, 2006), 232.

29 Mercado Maldonado y Hernández Oliva, “El proceso”, 233.

30 Xochiquetzal Xanat Rodríguez Rivera, “Construcción de la identidad docente en profesores universitarios” (tesis de doctorado en Psicología, Universidad Nacional Autónoma de México, 2022), 52.

31 Meschman, Erausquin y García Labandal, “Huellas, herencias”, 111.

32 Ágnes Heller, *Sociología de la vida cotidiana* (Barcelona: Península, 1977), 27.

antes, ninguna pregunta es ociosa si permite la progresiva delimitación conceptual de la noción que nos atañe, en tanto que alimenta la discusión en torno a su naturaleza. En ese sentido, cabría avanzar hacia una interrogante más específica, cuya vocación analítica facilite la descomposición del concepto en sus partes.

¿De qué está constituida la identidad?

Se tendría que decir, en primera instancia, que hay cierto consenso respecto a que las identidades se componen por el vínculo entre la narrativa de los sujetos particulares y las prácticas sociales de sus grupos de pertenencia. Es decir, la identidad constituye dicho vínculo, por lo que no puede ser estudiada atendiendo solo uno de ambos componentes. Se pone el énfasis no solo en la interpretación sino en las prácticas en contexto. Esta es la postura que adopta Daniel Bertaux³³ acerca de la determinación dialéctica entre las condiciones de existencia y la singularidad del sujeto, representada por los mundos sociales y los mecanismos genéricos de la acción de sus actores. Sin embargo, no es el único que suscribe esta irreductibilidad de lo individual a lo social o viceversa, pues desde finales del siglo xx parece haberse llegado a cierto consenso sobre la relación de ambas dimensiones, el cual se evidencia en las posturas de autores como Claude Dubar, James Gee o James Côté, quienes desarrollan perspectivas diferentes sobre la identidad, pero cuyo denominador común se encuentra en el reconocimiento del contexto conjugado con la agencia individual, lo cual conlleva seguir hablando en términos relacionales. Al respecto, Dubar señala:

Entre le point de vue 'essentialiste' des identités comme 'unités psychiques cohérentes et permanentes' et le point de vue 'relativiste' des 'formules changeantes destinées à se gérer à travers les événements' un point de vue 'relationniste' sur les processus identitaires se rencontre dans des traditions de recherche aussi différentes que l'approche génétique de Piaget, la phénoménologie de Schütz, l'école de Chicago ou l'ethnométhodologie.³⁴

33 Daniel Bertaux, *Los relatos de vida. Perspectiva etnosociológica* (Madrid: Ediciones Bellaterra, 2005), 33.

34 “Entre el punto de vista ‘esencialista’ de las identidades como ‘unidades psíquicas coherentes y permanentes’ y el punto de vista ‘relativista’ de las identidades como ‘fórmulas cambiantes destinadas a gestionarse a través de los acontecimientos’ se encuentra un punto de vista ‘relacionista’ sobre los procesos identitarios, presente en tradiciones de investigación tan diversas como el enfoque genético de Piaget, la fenomenología de Schütz, la Escuela de Chicago o la etnometodología”. Claude Dubar, “Trajectoires sociales et formes identitaires. Clarifications conceptuelles et méthodologiques”, *Sociétés Contemporaines* 1, núm. 29 (1998), <https://shs.cairn.info/revue-societes-contemporaines-1998-1-page-73?lang=fr> (consultada el 28 de abril de 2026), 75.

Sin intentar ser exhaustivo en la descripción de sus respectivas propuestas, se señalarán algunos elementos fundamentales de estas, con el objetivo de dar luz sobre la posible respuesta que, en cada caso, se daría a la pregunta que intitula el presente apartado. Desde una perspectiva sociopsicológica, James Côté³⁵ se fundamenta en el Enfoque de Personalidad y Estructura Social de James House, que está compuesto por diferentes triadas concatenadas: en principio, tres niveles de análisis —i.e. estructura social, interacciones y personalidad— que están enmarcados en tres tipos de sociedades —i.e. premodernidad, modernidad y modernidad tardía— según las relaciones de producción, que a su vez dan lugar a tres tipos de culturas —i.e. posfigurativa, cofigurativa y prefigurativa— según el enfoque de transmisión del conocimiento. En estas aparecen tres tipos de personajes definidos por la naturaleza de sus motivaciones —i.e. tradición, dirigidos hacia adentro y dirigidos por los otros, pudiendo renombrarse estos últimos como *decisión* y *aprobación*, respectivamente—. En síntesis, para el autor la identidad estaría compuesta por las motivaciones de los individuos, las cuales naturalmente no son intrínsecas, sino que están dadas por el enfoque de transmisión de conocimiento respectivo a cierto periodo socioestructural.

Por otra parte, el lingüista James Gee dice que la identidad consiste en lo siguiente: “Being recognized as a certain ‘kind of person’, in a given context”,³⁶ lo cual conlleva una multiplicidad de identidades dados los diversos contextos en donde actuamos. Así, plantea cuatro formas de ver la identidad —que no son formas yuxtapuestas, pues a veces se incluyen o complementan—: 1) la identidad natural, como un estado desarrollado por fuerzas de la naturaleza y que no depende de los sujetos; 2) la identidad institucional, que es una posición determinada por la autoridad, sea cual fuere; 3) la identidad discursiva, entendida como el rasgo individual reconocido en el discurso de los otros, y 4) la identidad de afinidad, que consiste en las experiencias comunes dentro de grupos afines. Como en otras propuestas, en ésta también es fundamental el reconocimiento —de ese estado, de esa posición, de ese rasgo individual o de esas experiencias comunes— tanto de uno mismo como de los otros. A pesar de que el autor no trabaja su propuesta tipológica en el sentido de componentes de la identidad, sí refiere que algunos atributos de los sujetos pueden

35 James E. Côté, “Sociological perspectives on identity formation: the culture-identity link and identity capital”, *Journal of Adolescence* 19, núm. 5 (1996), <https://www.sciencedirect.com/science/article/abs/pii/S0140197196900408> (consultada el 12 de septiembre de 2023).

36 “Ser reconocido como cierto ‘tipo de persona’ en un contexto determinado”. James Paul Gee, “Identity as an analytic lens for research in education”, *Review of Research in Education* 25 (2000), <https://www.jstor.org/stable/1167322> (consultada el 25 de septiembre de 2023), 99.

ser definitorios para el reconocimiento de los otros. Al conjunto de atributos le llama *combinaciones*, y constituyen los compromisos que un individuo asume en cierto momento respecto a sus formas de comunicación oral y escrita, de actuar e interactuar, de expresión gestual y corporal, de vestirse, de sentir, creer y juzgar, y de usar los objetos que le rodean.

Finalmente, otro autor fundamental desde la perspectiva sociológica para reflexionar en torno al tópico acerca de qué compone a la identidad es el ya citado Claude Dubar,³⁷ quien señala que esta no puede ser entendida sin hacer referencia a sus dos dimensiones constitutivas: la relacional y la biográfica, que hacen referencia a los sistemas de acción de los actores y a sus trayectorias, y que a su vez determinan formas de identificación atribuidas —por los otros— y reivindicadas —por uno mismo—. En general, podría señalarse que la identidad, desde esta postura, se compone tanto de las historias personales de los sujetos como de las relaciones que establecen con otros. Como la identidad no es ni la una ni la otra sino la relación entre ambas, se intenta lo siguiente: “de mettre en relation des ‘trajectoires subjectives’ avec des ‘mondes vécus’ organisés autour de catégories spécifiques issus de l’analyse des récits biographiques”.³⁸

Cabe destacar que no se pretende regresar a aquellos debates respecto a la prevalencia de lo colectivo frente a lo individual o viceversa, como lo fue durante un largo periodo en las disquisiciones sobre el tema dada la influencia del estructural-funcionalismo en la sociología de la segunda mitad del siglo xx, sino acotar la relevancia de ambas dimensiones en la estructuración de la identidad para seguir construyendo el concepto. Como ya señalaba Dubar, “no se trata de oponer identidades colectivas a identidades individuales. Esta oposición (como la que hay entre ‘individual’ y ‘social’) carece de sentido en la perspectiva nominalista, ya que cualquier identificación individual recurre a palabras, categorías y referencias socialmente identificables”.³⁹ Las prácticas de los individuos y las narraciones que hacen de ellas son fundamentales para la comprensión del fenómeno identitario. Al mismo tiempo que la identidad no es únicamente la narración de los sujetos, habría que ser enfáticos respecto a que tampoco es solamente su práctica social. Los sujetos no se reducen a la tipificación de su hacer o a un rol: la identidad debe entenderse como proceso, no

37 Dubar, *La crisis*, 15.

38 “Relacionar las ‘trayectorias subjetivas’ con los ‘mundos vividos’, organizados en torno a categorías específicas derivadas del análisis de los relatos biográficos”. Dubar, “Trajectoires”, 47.

39 Dubar, *La crisis*, 14.

como producto o resultado.⁴⁰ Se trata de la perspectiva de uno mismo en relación con modos de habitar roles culturales impuestos, o como diría Gilberto Giménez, es “el lado subjetivo de la cultura”.⁴¹

Esta metáfora respecto al *lado subjetivo* de la cultura es funcional para situar a la identidad respecto al marco social, supeditándola a las condiciones socio-históricas, políticas y económicas que conforman la cultura. Sin embargo, también nos permite llevar a cabo un análisis más profundo, a partir de argumentos *ad absurdum*,⁴² generando nuevas preguntas para seguir inquiriendo al concepto en la búsqueda de una definición mejor delineada: si la identidad es el lado subjetivo de la cultura, ¿cuál es su lado objetivo?, o bien, ¿cuántos lados tiene la cultura y qué lugar ocupa la identidad entre ellos? O mejor, al ser un lado –i.e. una parte de un cuerpo, de un lugar o de un espacio–, ¿en dónde está ese lado? ¿tiene una ubicación? Por supuesto, estas preguntas podrían parecer ociosas en tanto que el sentido de la expresión de Giménez es claro, pero como ya se decía antes, la formulación de preguntas diversas puede llevarnos a respuestas específicas –que no por ello claras ni mucho menos definitivas–, con el objetivo de seguir preguntando.

¿Dónde está la identidad?

Nuevamente nos encontramos con una pregunta que podría conducirnos fácilmente a respuestas engañosas y a falsos problemas, en tanto que nos remite a la identificación de coordenadas espaciales y temporales. Aunque la identidad como fenómeno sí se ubica en un lugar y un momento determinados, no lo hace en el mismo sentido que podemos señalarlo respecto a objetos materiales o a eventos específicos, que pueden o no estar sucediendo. Esto implica que hemos de volver al planteamiento de Brubaker y Cooper sobre las dos posturas generales a partir de las que se concibe la identidad –i.e. fuerte y débil, que también son referidas por Dubar⁴³ como *postura esencialista* y *postura nominalista*, respectivamente–, en tanto que cada una coloca el énfasis en cierto aspecto y prescinde de otros. Tal distinción es importante porque la respuesta a la pregunta será diametralmente diferente para cada caso.

⁴⁰ Meschman, Erausquin y García, “Huellas, herencias”, 109.

⁴¹ Giménez, “Materiales”, 11.

⁴² Gilbert Ryle, *El concepto de lo mental* (Barcelona: Paidós, 2005), 25.

⁴³ Dubar, *La crisis*, 10-12.

44 Patricio Guerrero Arias, *La cultura: Estrategias conceptuales para entender la identidad, la diversidad, la alteridad y la diferencia* (Quito: Ediciones Abya-Yala, 2002), 98.

45 Berger y Luckman, *La construcción*, 174.

Respecto a la postura esencialista, esta conlleva asumir que la identidad “es una esencia suprahistórica, un atributo natural inamovible e inmutable con el que nacen y se desarrollan las identidades que determinan, de una vez y para siempre, la conducta y la vida de los individuos y las sociedades”.⁴⁴ El determinismo biológico o cultural es uno de los fundamentos de esta perspectiva, y se expresa al margen de las interacciones de los sujetos con sus respectivos grupos. Es decir, la socialización secundaria, entendida como la inducción de un individuo en el mundo objetivo de un sector de una sociedad,⁴⁵ no existe o no tiene ningún efecto en cuanto internalización por parte del individuo. Como si la herencia biológica o la herencia cultural –del grupo primario– determinaran, sin más, la identidad de los sujetos. En este caso, a la pregunta sobre dónde está la identidad habría respuestas muy concretas: en los genes, o bien, en la cultura del grupo en el que se nace. De esta manera, la identidad sería aquello que define al sujeto y que no está en posibilidad de modificar, pues le fue dada por su biología o por haber nacido en un momento y un lugar determinado.

Por otra parte, como ya se dijo más arriba, la postura nominalista implica fundamentalmente reconocer que la identidad se construye como resultado de las relaciones entre los individuos y sus grupos de referencia, pero no es en sí misma un resultado en el sentido de producto acabado, porque constantemente se transforma. Es decir, no existe un *estado final de la identidad*, sino un proceso de transformación constante. Considerando el carácter relacional del término desde la perspectiva nominalista, así como su condición como proceso social y no como posesión individual, se parte del supuesto de que la identidad no es un algo que *se encuentre en* el individuo, sino que se trata de la relación que existe entre la narrativa de los sujetos y las prácticas sociales de sus grupos de pertenencia y de referencia. Lo anterior implica que la narrativa se deriva de las prácticas sociales, y también que estas son producidas por la narrativa del sujeto. Solo en ese entendido tendría sentido hablar de la dimensión espacial y temporal de la identidad en términos de las relaciones sociales y de la biografía, respectivamente. Es una relación biunívoca, mas no causal.

Finalmente, se pueden especular nuevas inquisiciones que den cuenta de una pregunta no solo gramaticalmente correcta, sino también conceptualmente cla-

rificadora. Si preguntarnos *dónde* podemos encontrar algo tiene como propósito referir particularmente a su dimensión espaciotemporal —i.e. su ubicación—, entonces otras preguntas podrían dar cuenta de ese mismo interés ajustado a la naturaleza del fenómeno estudiado. Por ejemplo, situándonos en el hecho de que la identidad se evidencia en la narrativa de las prácticas de los grupos a los que se pertenece, podríamos interrogarnos acerca del momento en el que nos encontramos ante su presencia. Esta cuestión sugiere, en principio, que la identidad es un fenómeno que debe ser reconocido por otros, y deja implícito el hecho de que no basta identificar una ubicación de la identidad al margen de las interacciones del sujeto con otros, que son precisamente quienes la legitiman.

¿Cómo distinguir la identidad de otros fenómenos?

Una respuesta podría provenir de la perspectiva de la socióloga Steph Lawler,⁴⁶ quien al problematizar sobre la noción de *crisis de identidad*, reconoce que este tratamiento conlleva necesariamente la existencia de algo así como *identidades normales* o normativas. Recordemos que las crisis de la identidad implican que debido a diversos factores, las relaciones que subyacen a la interacción de los individuos y que contaban con cierta estabilidad, se ven alteradas.⁴⁷ En ese orden de ideas se sigue que las identidades pueden ser distinguidas —i.e. identificadas— claramente en momentos de crisis. A pesar de que la respuesta podría ser suficiente para satisfacer la curiosidad que motiva la pregunta, es factible cuestionar si solo las crisis dan cuenta de las identidades, pues si se asume que la identidad representa un continuo flexible y en transformación, entonces la idea de crisis tiene poco sentido.

Al respecto, la lectura de Lawler⁴⁸ sugiere que esta noción conlleva al menos dos cuestiones: que aquellas identidades que supuestamente no están en crisis sean ignoradas o inexploradas, y que, en principio, no hay identidades no problemáticas. Esto último lleva a plantear, a su vez, dos posibilidades que se oponen entre sí: que, entonces, todas las identidades estarían en estado de crisis constante al tratarse de formas nunca —ni siquiera potencialmente— acabadas, o bien, que el estado de crisis no es igual que hablar de identidades en constante cambio. Aunque se asume la segunda idea —i.e. no es lo mismo iden-

⁴⁶ Lawler, *Identity*, 1.

⁴⁷ Dubar, *La crisis*, 18.

⁴⁸ Lawler, *Identity*, 1.

tidades en crisis que identidades problemáticas–, el uso flexible y constante de la noción de crisis puede llevar a confusiones respecto a su conceptualización.

Entonces, se puede ampliar la pregunta que motiva el presente apartado: ¿Cómo distinguir algo que está en constante cambio? Desde la postura *débil* de la identidad, se plantea que uno de los aspectos fundamentales de esta es su carácter dinámico. Este dinamismo implica situarse en el extremo de la transformación total, lo dinámico, lo inconstante –frente al otro extremo, de lo inamovible, lo inmutable–. Esta perspectiva se alinea con el planteamiento radical de que la identidad, en la modernidad tardía, es fragmentaria a tal grado de que es imposible la constancia, al estar definida a partir de una cantidad indeterminable de fuentes que, incluso, entre ellas son contradictorias: “Individuals are encouraged to (continually) discover their identities through consumption and pleasing others”.⁴⁹

Esta discusión nos lleva de vuelta a una de las dicotomías que ha sido heredada de la filosofía⁵⁰ y que se ha comentado antes acerca del peso de lo social o lo meramente individual en la determinación de la identidad. En el prólogo de *El proceso de la civilización*, Norbert Elias plantea que el tratamiento que se ha dado a la relación entre los individuos y la sociedad desde una perspectiva europea ha sido fundamentalmente el de su distinción clara, a partir de la proclamación del individuo como un ente que se determina a sí mismo al margen de los otros:

Nada más característico de la convicción con que hoy pensamos en los seres humanos partiendo del ser humano aislado que el hecho de que, cuando manejamos la imagen del hombre en las ciencias sociales, no hablamos de 'homines sociologiae' o 'economiae', sino del 'homo sociologicus' o 'eonomicus', lo que manifiesta la imagen del ser humano aislado que está anclada en estas disciplinas.⁵¹

Es decir, teorizar de manera diferenciada sobre el individuo, o bien, sobre la sociedad, parece no solo ser una cuestión analítica sino también fáctica, pues genera un abordaje que necesariamente niega al otro concepto, como si fueran objetos yuxtapuestos. Algo parecido ocurre con otra dicotomía que sirve para extender la de lo individual frente a lo social: lo *interno* y lo *externo*,

49 “Se alienta a los individuos a descubrir (continuamente) sus identidades mediante el consumo y complaciendo a otros”. Côté, “Sociological perspectives”, 422.

50 Philippe Corcuff, *Las nuevas sociologías. Principales corrientes y debates, 1980-2010* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2013), 20.

51 Norbert Elias, *El proceso de la civilización* (México: Fondo de Cultura Económica, 2015), 36.

mediante la que se asume que existe el individuo como contenedor del verdadero ser que en raras ocasiones interactúa con el exterior, con los otros. Al ser una metáfora de lugar, puede reconocerse la ubicación espacial y temporal de aquello de lo que se está hablando. El cuerpo de los sujetos es, entonces, el contenedor del ser verdadero, mientras que la sociedad, representada por los otros, vendría siendo lo exterior a dicho contenedor. Se evidencia aquí una perspectiva egocéntrica de las interacciones, en la cual la corporeidad física de los individuos es el límite entre lo interno y lo externo —esta perspectiva ha sido ampliamente abordada desde la psicología conductual—. ⁵²

Sin embargo, Elias identifica que el límite —o como él lo refiere, el muro, siguiendo la metáfora espacial— entre lo interno y lo externo lo constituyen los controles civilizatorios que el individuo asume y se autoimpone, transformándose en autocontrol. En su estudio sobre *Los usos de la civilidad*, ⁵³ Jacques Revel evidencia este proceso al describir cómo fue tergiversándose el propósito inicial del texto *De civilitate morum puerilium libellus* de Erasmo de Rotterdam, que no fue el primero pero sí el más importante y el parteaguas de toda una serie de materiales para normar el comportamiento de los niños. El objetivo original de este material consistía en proveer de un lenguaje común a los niños que, eventualmente, se involucrarían en relaciones sociales novedosas surgidas debido a los cambios durante el siglo XVI.

La verdadera *civilitas* consiste en librarse de todos los idiotismos y en reivindicar únicamente las expresiones corporales que pueda reconocer y aceptar la mayoría, porque la *civilitas* no tiene otro fin que acercar más a los hombres. ⁵⁴

Eventualmente es retomado por instituciones reguladoras del comportamiento de los niños, y se transforma en un ejercicio de instrucción obligatorio ya no solo de carácter cívico, sino también religioso, teniendo como resultado que la “educación del cuerpo se acompaña en adelante de una vigilancia policiaca del tiempo y el espacio del niño”. ⁵⁵ El autocontrol se convierte en norma. ¿Pero qué es lo que debe autocontrolarse —por no decir *autocontenerse*—? Sus afectos. En otras palabras, se trata de la imposición de normas a las que los

⁵² Ribes, *Psicología general*.

⁵³ Jaques Revel, “Los usos de la civilidad”, en *Historia de la vida privada*. 3. Del Renacimiento a la Ilustración, dir. por Philippe Ariès y Georges Duby (Barcelona: Taurus, 2005).

⁵⁴ Revel, “Los usos”, 173.

⁵⁵ Revel, “Los usos”, 178.

56 Elias, *El proceso*, 34.

individuos deben ajustarse dadas las circunstancias en las que interactúan y en las que viven su vida cotidiana, que limitan la expresión de sus afectos. Nótese que la palabra *expresión* remite, precisamente, a imprimir hacia afuera algo que, naturalmente, viene de adentro, como lo serían los afectos. Entonces, desde esta perspectiva que cuestiona Elias, refiriéndose a ella como la estructura del *homo clausus*,⁵⁶ la respuesta a la pregunta que intitula el apartado sería simple y llanamente que no podríamos distinguir la identidad de los otros porque se encuentra en lo más profundo e inaccesible de su ser. De esta manera, incluso aunque el individuo que interactúa creyera estarlo haciendo con la identidad de otros, no podría saberlo nunca con certeza. Esto nos remite al mito del fantasma en la máquina que señala Ryle, quien de manera irónica plantea:

57 Ryle, *El concepto*, 28-29.

Aunque prefiera creer que mentes similares a la propia están unidas a los demás cuerpos humanos, no puede pretender estar en condiciones adecuadas para descubrir sus características individuales o lo que hacen y padecen. La soledad absoluta es el destino inevitable del alma. Solamente nuestros cuerpos se pueden encontrar.⁵⁷

58 Elias, *El proceso*, 42.

Este problema trasciende los propósitos del presente escrito. Baste decir que esta perspectiva, tan prevalente en la sociedad occidental, ha promovido un sinfín de dificultades y falsos problemas. Elias dice al respecto: “La expresión ‘la interioridad del ser humano’ es una metáfora cómoda pero una metáfora que induce a error”.⁵⁸ Al aludir a la interioridad inaccesible a los demás —y a veces incluso a uno mismo—, de manera tangencial se alude a algo que no se ve influenciado claramente por las interacciones del sujeto, es decir, por una esencia o sustancia que existe al margen de lo que aquel —el exterior, la *cáscara*— experimente. Una postura antagónica implicaría señalar que las identidades no solo son, sino que deben ser creadas. Melucci identifica claramente la inmediata implicación de asumir que existe una responsabilidad respecto a la edificación de la propia identidad:

Pero esta búsqueda de identidad no solo responde a exigencias de seguridad y continuidad; también constituye una fuente de recursos para la individualización y permite a los individuos verse como tales, como personas diferentes de los

demás y, precisamente por eso, descubrir en lo más profundo de dicha condición la capacidad para rechazar los códigos dominantes y revelar su arbitrariedad.⁵⁹

59 Melucci, *Acción colectiva*, 116.

Partiendo de esta otra posición, distinguir la identidad de alguien consistiría en la identificación de aquellas condiciones que la construyen, tanto desde la narrativa biográfica –pero no por ello interna o al margen del contexto– como desde las prácticas de sus grupos de referencia. Para esta perspectiva no habría aspecto oculto en el sentido de inaccesible; solo habría claves específicas para la comprensión de esa identidad, entendida como la manera en la que el individuo se refiere a sí mismo y en que es reconocido por otros.

Reflexiones finales

Como ya se intentó dar cuenta, estas preguntas nos permiten identificar las condiciones respecto a las cuales podemos hablar de la identidad como un objeto social susceptible de ser estudiado, en tanto que al delimitarla con claridad podríamos diferenciarla de otros fenómenos u objetos de estudio. En general, los abordajes al concepto de identidad que se han esbozado se alinean con alguna de las dos posturas sobre la semejanza a través del tiempo de los sujetos consigo mismos –i.e. postura débil y postura fuerte–. No obstante, dada la generalidad de las preguntas que estructuran el presente análisis, es necesario pensar en otras respuestas que no sean posibles desde la rigidez de los extremos y que permitan situarnos en alguna de las posiciones intermedias.

Un ejemplar de ello lo representa el trabajo ya citado de Gilberto Giménez, quien argumenta que la identidad debe entenderse como la *continuidad en el cambio*, en donde el principio de cierta igualdad en los sujetos a través del tiempo es fundamental. Esta perspectiva de la identidad asegura cierta constancia dentro de la recomposición que implica el devenir del actor social, además de la posibilidad de atribuir responsabilidad a estos, en tanto que así es factible esperar cierta predictibilidad de sus conductas a partir de lo que en el pasado ha mostrado.⁶⁰ Así lo expresa Giménez:

60 Paul Ricoeur, *Sí mismo como otro* (Madrid: Siglo XXI, 1996), 118.

61 Giménez, “Materiales”, 19.

más que de permanencia, habría que hablar de *continuidad en el cambio*, en el sentido de que la identidad a la que nos referimos es la que corresponde a un *proceso evolutivo* y no a una *constancia sustancial*. Hemos de decir, entonces, que es más bien la dialéctica entre permanencia y cambio, entre continuidad y discontinuidad, la que caracteriza por igual a las identidades personales y a las colectivas. Estas se mantienen y duran adaptándose al entorno y recomponiéndose incesantemente, sin dejar de ser las mismas. Se trata de un proceso siempre abierto y, por ende, nunca definitivo ni acabado.⁶¹

Las falsas dicotomías a las que ya se hizo mención antes han contribuido a una manera limitada de abordar la complejidad de ciertos fenómenos, en los que parece que no existen posibilidades al margen de los extremos. Sin embargo, es en los matices en donde podemos encontrar algunas certezas, mientras que la rigidez de las dicotomías se limita a prescribir cómo debería ser, pero en ese esfuerzo sacrifica la necesaria tarea de simplemente describir los fenómenos. Tal vez situarnos en los diferentes grados del continuo entre *dureza* y *suavidad* respecto al uso del concepto identidad pueda permitirnos generar nuevas preguntas e incentivar nuevas curiosidades.

El análisis conceptual abre nuevas vetas de estudio acerca de problemas considerados añejos, además de resignificar las formas en que nos referimos a un fenómeno específico, alcanzando acuerdos en torno a las maneras en las que intente aproximarse metodológicamente a su estudio. Si asumimos que el estudio de la realidad no consiste exclusivamente en su contemplación pasiva, sino en una suerte de inquisición empírica, entonces redondear estas nociones tiene un doble propósito: de claridad conceptual y de certeza metodológica. Que sea esa premisa la que incentive la generación de nuevas preguntas y —si se tiene la prudencia suficiente— de algunas reflexiones a manera de respuestas.